

TEMA IX. EL MATERIALISMO HISTÓRICO Y DIALÉCTICO: KARL MARX Y FRIEDRICH ENGELS

El idealismo alemán después de Kant

Con la Revolución Francesa la burguesía comienza el asalto definitivo al poder político en toda Europa; posteriormente la expansión imperialista de las potencias europeas a lo largo del siglo XIX, conducirá a la hegemonía universal de los propietarios del capital en todo el planeta. En ese siglo llega el período de madurez del modo de producción industrial, y eso necesita ser representado en el mundo de las ideas, de modo que la realidad social e histórica tenga sentido humano. El *liberalismo* se establece como ideología dominante en las sociedades capitalistas, a la vez que el capitalismo alcanza una hegemonía mundial.

El intento *republicano* de conseguir una democracia participativa, fundada en la vida moral de los ciudadanos, se actualiza en las exposiciones filosóficas de Rousseau y Kant, proseguidas después por Fichte en sus reflexiones sobre la sociedad alemana; se quiere restablecer la unidad de ética y política del mundo antiguo, recuperar la moral y la ética clásicas a través de sistemas políticos democrático radicales. Sin embargo, fracasa en las sucesivas revoluciones del XIX ante la violenta represión que las instituciones burguesas ejercen sobre las clases trabajadoras. El republicanismo queda relegado a un segundo término frente al liberalismo dominante; aquél permanece como actitud de ciertas fracciones de las clases subalternas, y el marxismo será la expresión filosófica y científica de esa tradición republicana.

La época de la burguesía es descrita por el poeta Goethe en su *Fausto*, como la época de la actividad industrial y las transformaciones sociales: *al principio fue la acción* – traduciendo el Prólogo del *Evangelio* según San Juan ‘al principio era el *logos*’-. El *logos*, la Razón, recibe el nombre de *espíritu*, con el que se quiere indicar la práctica activa del ser social en el mundo, el trabajo planificado por la inteligencia que da forma humana a la naturaleza, adaptándola a la vida de la humanidad. Pero esa acción transformadora viene apoyada por el principio del mal, de la destrucción; pues para crear primero hay que destruir las viejas relaciones, espontáneas y naturales, presentes en la realidad. La exposición de Goethe es tremendamente optimista, pues considera que la *buena voluntad* salva al hombre, a pesar de su alianza con el diablo para llevar a cabo su tarea transformadora. Esa idea expuesta por Goethe en forma plástica, será luego pensada metódicamente como *concepto dialéctico* por los filósofos alemanes.

La filosofía idealista alemana es una *religión del futuro*: un canto optimista a la libertad y la razón, que confía desmesuradamente en las capacidades humanas para alcanzar sus metas trascendentales. Tal vez hoy no estemos tan seguros de que la historia humana sea un progreso constante hacia lo mejor, como lo proclamaron los racionalistas ilustrados; ni siquiera podemos pensar que el desarrollo histórico haya sido razonablemente adecuado a la naturaleza humana. Ponemos poca credibilidad en un ‘final feliz’ para la humanidad. El ensayo de Hegel consistió en exponer y justificar la Razón histórica creando un completo, a la vez que consistente, sistema de pensamiento especulativo; pero pronto éste se reveló como ‘*un engendro colosal*’ tras su muerte. Hoy ya no podremos decir con Hegel que *todo lo real es racional y todo lo racional es real*, cometiendo con admirable ingenuidad una doble falacia metafísica, naturalista e idealista a la vez.

La dialéctica como movimiento del espíritu

Fichte (1762-1814), seguidor de la filosofía kantiana, sin embargo, modificó el esquema fundamental de su sistema al eliminar el noúmenos o ‘cosa en sí’, quedándose con el mundo fenoménico como la única realidad existente; ahora bien, el fenómeno sin el noúmenos no es más que una producción del espíritu humano. Toda la realidad pasa a ser así un fenómeno espiritual, creado por el sujeto humano que se desdobra en sujeto y objeto, proyectándose en la alteridad para formar el objeto de su conocimiento. Pero como Kant había señalado, ese sujeto humano –identificado con la razón- no es más, ni menos, que un puñado de ideales capaces de conducir la acción práctica hacia determinados objetivos considerados racionales. De ese modo, la filosofía crítica se convierte en un idealismo, que prescinde del mundo material como hipótesis subyacente al mundo sensible. La reflexión filosófica alcanza así su verdadero objetivo: la investigación de los ideales humanos, el único papel que la ciencia moderna puede abandonar a la metafísica –tal como Kant lo había expuesto-.

El sujeto humano está constituido por ideales morales, que tiende a realizar como personalidad autónoma y libre; es un ser activo y creador de realidad. El idealismo sólo se interesa por el espíritu humano, y lo considera como sujeto que construye el mundo a su imagen y semejanza; ese sujeto es para Fichte el *Yo Absoluto*, la humanidad entera en su historia y en su trato con la naturaleza, al que deben adecuarse los ‘yoes’ particulares de los individuos. En esto consiste la vida moral de cada persona, en elevarse hasta la universalidad como principio de su acción. El representante de la humanidad, como Yo universal, es un sujeto activo de carácter moral creador de realidad; la naturaleza, el mundo objetivo, es el No-yo, un objeto producido por el sujeto que se desdobra en lo otro. El sujeto se aliena en el objeto por la posesión y el trabajo; después vuelve otra vez a sí mismo en un proceso de superación. Por tanto la constitución del universo humano es *dialéctica*, un movimiento permanente a través de la contradicción: a la afirmación de una ‘tesis’ –el Yo- se opone una ‘antítesis’ que la niega –el No Yo-, y de esa contradicción nace una ‘síntesis’ superadora.

Esa comprensión dialéctica de la relación humanidad/naturaleza, como relación entre el sujeto creador y el objeto creado, será desarrollada primero por Schelling y luego por Hegel, tomando la idea del Absoluto como la realidad universal: la *humanidad divinizada*. Para el primero, el Absoluto se alcanza a través de la estética, puesto que el arte es el ámbito de expresión de los valores y los ideales humanos: los sentimientos constituyen el órgano con el que se captan los valores. Pero Hegel propone la captación intelectual y no sólo sentimental del espíritu. Para éste, el conocimiento del Absoluto es la autoconciencia, el autoconocimiento de la Razón humana; este Absoluto es una creación del espíritu humano en su pensar y su acción sobre la naturaleza, el espíritu humano autotransparente para sí mismo en su totalidad. Por tanto, Hegel quiere alcanzar una comprensión total del universo, afirmando que *la verdad es el todo*, el sistema completo del pensar humano, no hay verdades parciales que puedan sostenerse por sí mismas; *la verdad es el resultado más el proceso que lleva hasta él*, pues la realidad es continuo cambio y transformación, sin detención posible en momento ninguno. El análisis es tan sólo un paso hacia la síntesis, hacia una integración más completa, más elevada y perfecta en el todo, lo Absoluto. Y piensa que la Razón está preparada para conseguir el conocimiento del Absoluto, pues considera que esa divinidad no es una realidad trascendente del más allá, sino que es la totalidad del propio universo espiritual, que participa en el mundo de modo inmanente desde la interioridad humana.

La *realidad es espíritu*, quiere decir que la *sustancia* única que compone el universo es un *sujeto* activo, que contiene en sí mismo los planes de su desarrollo y las fuerzas dinámicas que movilizan el universo; de ese modo, el mundo como desarrollo de la

idea, es una producción del espíritu. El Absoluto (Dios) es el pensamiento que se piensa a sí mismo, y ese pensarse a sí mismo del Absoluto se hace a través del pensamiento humano; Hegel recoge así la tradición neoplatónica de la inmanencia, utilizando como forma del pensamiento los conceptos triádicos que eran típicos de aquellos pensadores antiguos.

Los conceptos que elabora la razón son el producto de una lógica fundada en la contradicción y se relacionan entre sí de forma dialéctica, como tesis, antítesis y síntesis; se trata de exponer un pensamiento que sigue el método filosófico de Heráclito. El cambio es la esencia del universo, la realidad es el movimiento eterno de la idea: ‘de todo lo que se mueve, lo más mudable es la sabiduría’, *omnibus mobilius mobilior sapientia*. El pensamiento procede a través de oposiciones, se despliega entre la afirmación y la negación, avanza a través de los opuestos que se identifican como la misma realidad. A toda realidad se le opone su negación, impidiendo una forma estática del ser, y la contradicción es el motor de la dinámica cósmica del espíritu. El método de esa lógica real se funda en la identidad de los contrarios: ser y nada se equivalen, puesto que todo es ser, nada queda como ser indeterminado, toda realidad que podamos conocer está determinada. La síntesis del ser y la nada es el devenir, la realidad siempre cambiante.

El movimiento por el que se produce el proceso universal es dialéctico: primero, el sujeto se desdobra creando el objeto, en la denominada *alienación*, *Entfremdung*, extrañamiento; después el sujeto vuelve a sí mismo desde el objeto en la *superación*, *Aufhebung*. Esto se debe entender como un proceso de transformación y autodesarrollo: la subjetividad se contrapone a sí misma objetivándose en la exterioridad, pero disuelve finalmente sus escisiones en la identidad consigo misma. La alienación es la producción de la naturaleza por la idea; pero el objeto producido se enfrenta al sujeto que la produce, lo condiciona y determina. Es la resistencia de la materia. Cuando en un esfuerzo de superación, el sujeto vuelve a sí mismo, lleva entonces consigo toda la riqueza de la experiencia. Por eso, el espíritu es el sujeto que alcanza su plenitud a través de su actividad transformadora del mundo natural: es, por tanto, el trabajo humano en el mundo natural de la materialidad –siendo esta materialidad la expresión de la alienación del sujeto en el objeto-.

Esa dinámica propia de la personalidad humana es, por un lado, alienación en los objetos de su trabajo; pero por otro también es un proceso de diferenciación y extrañamiento con respecto de los otros seres humanos, de los que exige reconocimiento como fundamento de la identificación. La superación de la alienación en los objetos que componen su vida es el dominio del mundo natural por el ser humano. En la vida social, la alienación opone a los humanos entre sí, que deberían cooperar pero se enfrentan entre sí con plena violencia; cada uno entabla una lucha por el reconocimiento por parte de los demás, y la superación sólo llega cuando uno se identifica con el otro ser humano del que se ha diferenciado previamente. A través de su vida de trabajo y de las relaciones sociales, intelectual y sentimentalmente, la persona se desarrolla en un permanente proceso de alienación y superación.

Por poner un ejemplo de ese proceso, en la *Fenomenología del espíritu* Hegel expone, a través de la dialéctica del señor y el siervo, la lucha de clases. Los hombres se enfrentan a muerte por satisfacer su deseo; el que afronta la muerte domina al que la rehuye y se transforma en el señor; el cobarde que teme la muerte es el siervo, obligado a trabajar con la materia para satisfacer los deseos del señor. De modo que el siervo se aliena para salvar la vida, se transforma en objeto que el señor maneja para su disfrute. Pero precisamente por haber sufrido ese proceso de alienación, el siervo acaba triunfando sobre su amo cuando supera su condición, a través del trabajo y del dominio

del objeto. En este ejemplo, vemos la evolución de la personalidad humana, que es al mismo tiempo biográfica e histórica. En el proceso histórico de la lucha política las clases subalternas acaban superando su sometimiento e imponiendo su liberación. Pero esa emancipación debe llevar al reconocimiento de la identidad-en-la-diferencia; es decir, la personalidad madura es capaz de reconocer la identidad con el otro precisamente mediante las diferencias que le separan de él. La lógica intrínseca al espíritu humano viene dada por el silogismo especulativo: identidad de la identidad y la diferencia, o de otro modo, identidad-en-la-diferencia. Es una lógica que conduce a la libertad, la cual no es más que ese proceso de despliegue omnilateral, en todos los sentidos posibles, de las capacidades y potencialidades humanas hasta alcanzar el máximo de su desarrollo.

Feuerbach y la izquierda hegeliana

Después de Hegel, Shelling le sobrevivió todavía unos años dirigiendo la Universidad de Berlín, y se dice que intentó apagar el fuego de las ideas subversivas de Hegel entre los estudiantes alemanes. El poeta romántico Heinrich Heine describe al Hegel de los últimos años, como un pensador que expone ideas revolucionarias bajo oscuros enigmas, para evitar la censura. En realidad, la ambigüedad del pensamiento hegeliano llevó a interpretarlo de dos maneras diferentes: por una parte, la corriente llamada '*derecha hegeliana*' explicó el sistema de Hegel de una manera compatible con la religión cristiana, acentuando los aspectos trascendentes que pueden encontrarse en su filosofía; la filosofía de Hegel se transforma así en una explicación moderna del cristianismo. Por otro lado, la '*izquierda hegeliana*' acentuó la idea de inmanencia que el mundo del pensamiento tiene respecto del mundo natural. La propia dinámica dialéctica del idealismo lleva a su negación mediante la crítica, y eso fue lo que hicieron los pensadores alemanes que continuaron su obra. La crítica del idealismo llevó al materialismo, pero se debe entender que este último es la continuación natural de aquél, y es por eso *materialismo dialéctico*, que se diferencia del vulgar porque intenta tomar en cuenta los ideales, que son una creación humana, para dirigir la acción social a través de la conciencia.

La reflexión de Ludwig Feuerbach es el eslabón que conduce desde Hegel al materialismo dialéctico, la filosofía del marxismo. Éste invierte el esquema fundamental del idealismo, según el cual la idea es el ser, pensamiento y ser se equivalen. Por el contrario, el ser radica primordialmente en la naturaleza, que es el sujeto real del universo; el pensamiento humano es una creación de la naturaleza, una emergencia a partir del mundo natural, no es la idea la que crea el ser de la naturaleza, sino que la naturaleza produce el pensamiento a través del ser humano. Por tanto el significado de la alienación para Feuerbach es completamente diferente del que aparece en Hegel. La *alienación*, que ahora se entiende como enajenación o locura, consiste en que el ser humano pone sus ideales como un absoluto trascendente e inalcanzable, en el reino sobrenatural del más allá. Los ideales son la Razón del ser humano, los objetivos que la humanidad se propone alcanzar con su acción en el mundo material; pero a través de la religión esos ideales son trasladados al mundo celestial y divino, de modo que sólo se pueden realizar en la vida futura en comunión con la divinidad trascendente, quedando excluidos o alienados, de su realización en la vida terrestre. La alienación se manifiesta en la religión, que sacraliza los ideales humanos para manipular la acción humana dentro del mundo natural.

A través de la crítica de la religión pueden conocerse cuáles son los objetivos que la humanidad se propone alcanzar, y esa crítica de la religión es una clarificación de la conciencia que permite al ser humano ponerse en camino para realizar sus fines. Por

tanto, la propuesta de Feuerbach consiste en realizar los ideales por la práctica humana, a través del trabajo y del conocimiento, de la ciencia y el arte. Se trata de traer el Reino de Dios a la Tierra, como habían intentado tantos herejes a lo largo de la historia, entre ellos los herejes anabaptistas en la época de la Reforma. Por eso, la actitud de Feuerbach es republicana, defendiendo la democracia radical como el mejor orden social y político.

La fundación de la ciencia social republicana por Carlos Marx y Federico Engels

Esa reflexión de Feuerbach será continuada por Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895), quienes se encuentran entre los fundadores del movimiento obrero moderno, y de sus instituciones políticas: la internacional de los trabajadores y los partidos socialistas, antecesores de los posteriores partidos comunistas. Además realizaron una investigación sociológica de primera importancia, de modo que en sus escritos se encuentran varias teorías fundamentales de la ciencia social contemporánea. Por tanto, fueron filósofos, científicos y activistas sociales. Se denomina *materialismo dialéctico* a la filosofía que desarrollaron, y *materialismo histórico* a su teoría científica.

Carlos Marx nació en Tréveris, estudió Derecho y Filosofía en Berlín, pero tuvo que exiliarse en Londres, donde se pasó la vida estudiando y escribiendo sus trabajos sobre economía. La más conocida de sus aportaciones a la ciencia social se encuentra en *El Capital*, cuyos volúmenes dos y tres fueron publicados por Engels cuando Marx murió. Ambos autores han llegado a figurar entre los principales autores de la moderna ciencia social; sus teorías, que se denominan '*marxismo*', han tenido numerosos desarrollos y continuadores. Los rasgos fundamentales de esa teoría marxista son:

- la ciencia social debe ser el fundamento para la acción social y política en sentido racional;

- los valores determinan la interpretación de la realidad por el ser humano; teniendo eso en cuenta, la ciencia social necesita una crítica previa de las categorías y conceptos que utiliza;

- es una obligación moral tomar partido por la justicia social; de tal modo, sus escritos elaboran los valores comunistas y la lucha política de la clase trabajadora contra la opresión y la explotación;

- además la teoría tiene un fundamento en los ideales ilustrados de la emancipación humana, elaborados a partir de la crítica filosófica y la experiencia científica;

- en continuidad con el pensamiento republicano, piensan los problemas sociales desde la democracia radical: limitación de la propiedad privada, igualitarismo social, desaparición del Estado, etc.

- el proceso histórico es dialéctico, avanzando entre contradicciones, oposiciones y conflictos; la emancipación consiste en superar las alienaciones del presente.

- es un humanismo: el centro de interés del pensamiento humano es la propia humanidad, concebida como una emergencia del ser social; el sobrenombre de Moro con el que era conocido Carlos Marx, recuerda al escritor humanista de la *Utopía*.

Marx escribe inspirado por el materialismo de Feuerbach y la tradición republicana moderna de Rousseau. Entre sus primeros textos se encuentra la crítica de la teoría del Estado de Hegel, quien oponía la sociedad mercantil civil y egoísta a la moralidad abstracta encarnada en las leyes y el derecho. Por el contrario, Marx afirma que la moral es un asunto de los ciudadanos que participan de la vida política; el ser moral de la humanidad no reside en el Estado, sino en la persona consciente. La participación en la vida pública debe extenderse a todos los ciudadanos, de modo que el poder político

resida en la colectividad, para lo que resulta necesario que la ley y los derechos sean universales. Para conseguir ese objetivo Marx se verá envuelto a lo largo de su toda su vida en las luchas sociales por la democratización de las sociedades europeas.

Engels se adhirió a las ideas de Feuerbach tras haber estudiado a Hegel y participar de la izquierda hegeliana. Su padre era dueño de una empresa textil en Escocia y a lo largo de su vida Engels dirigió la fábrica de su padre, conciliando su calidad de empresario con la de dirigente revolucionario; conociendo bien la situación de la clase obrera inglesa, hizo una descripción de la misma donde mostraba de forma crítica la explotación de los trabajadores en el modo de producción capitalista. Esa coincidencia con las ideas de Marx, hizo que ambos se asociaran en la tarea intelectual de desarrollar el materialismo dialéctico. Publicó numerosos libros tanto de forma independiente como en colaboración con Marx.

El materialismo dialéctico

En 1845, exiliado en Bélgica, Marx escribió las once *Tesis sobre Feuerbach*, en donde expone de forma sintética sus ideas, superando críticamente la filosofía de su maestro. Las ideas que transmite en ellas establecen que el materialismo es vulgar cuando acepta pasivamente los condicionantes de la realidad; en cambio, el materialismo es dialéctico cuando transforma la realidad según los ideales (tesis 1). La verdad se demuestra en la práctica (tesis 2) y la vida social es esencialmente práctica (tesis 8). Además, Marx muestra que el ser humano está creado por sus condiciones materiales: la libertad está determinada por las circunstancias que crean al ser humano, pero éste es capaz de cambiar sus condiciones de vida y al hacerlo se cambia él mismo (tesis 3). Los sentidos elaboran activamente la percepción según los objetivos prácticos del observador (tesis 5) y la sensoriedad es actividad práctica (tesis 9). Otra idea fundamental es que la esencia del ser humano es el conjunto de sus relaciones sociales –y no el alma espiritual entendida como una entelequia- (tesis 6). Y la última dice que los filósofos no se pueden contentar con contemplar el mundo, sino que tiene que dedicarse a transformarlo (tesis 11). Las *Tesis sobre Feuerbach*, por tanto, nos dicen que *materialismo* nos proporciona el sentido de la realidad, pero el *idealismo* desarrolla nuestra capacidad de ser activos en la transformación del mundo natural y social; su filosofía se presenta como una síntesis de ambos, es *materialismo dialéctico*.

Marx se adhirió a la causa de la revolución y fundó con Engels la *Liga de los comunistas*, para la que escribió en 1848 *El manifiesto comunista*, donde expone que la historia de la humanidad se desarrolla a través de la lucha de clases sociales, entre la clase dominante y la subalterna. El conflicto social sólo acabará cuando desaparezcan las clases en una sociedad justa y racional, gracias a la lucha de los trabajadores por emanciparse de la opresión y la explotación de su trabajo.

La explicación de los conflictos sociales viene dada por el concepto de alienación. Partiendo de la *alienación religiosa* como la había descrito Feuerbach, Marx llega la conclusión de que la religión es el '*opio del pueblo*', '*las flores que ocultan las cadenas*', las ilusiones de una felicidad ficticia en el más allá, que permiten aceptar la vida terrenal de sufrimientos. En segundo lugar, expone la *alienación política*, como el sometimiento de los ciudadanos a una moralidad abstracta de la ley; pero el Estado es el instrumento de la dominación de la clase superior sobre los trabajadores que forman la clase subalterna. De ese modo, Marx afirma su talante republicano frente al liberalismo de Hegel, proclamando la emancipación de la clase subalterna, la cual se ha quedado a medias con la revolución burguesa. El estudio de la alienación política conlleva la idea de una *alienación social*, que consiste en la división de la sociedad en clases; pues aunque la democracia moderna proclama la igualdad de los ciudadanos ante la ley

(código civil) y los derechos universales del hombre y del ciudadano, no obstante, hay un acceso diferenciado a los bienes sociales, como se muestra en el derecho de propiedad, de modo que se crean dos clases sociales: los burgueses, propietarios de los medios de producción, y los trabajadores desposeídos, que venden su fuerza de trabajo en el mercado. A partir de aquí Marx establece la *alienación económica*, que es la explotación del trabajo por parte de la clase dominante; la clase subalterna está desposeída de los medios de producción y tiene que trabajar para otro, por lo que deja de ser dueña de sus actos y depende del empresario que los contrata: la alienación es perder el dominio sobre la propia personalidad, cuando se vende la fuerza de trabajo en el mercado. La explotación aparece a partir del mercado de trabajo y consiste en que el fruto del trabajo es arrancado a los trabajadores por parte de los burgueses, a través de un contrato que supone la venta de la fuerza de trabajo a cambio de un salario.

La filosofía marxista de la historia es ilustrada, inspirada en los idealistas alemanes: *la historia humana se desarrolla como el proceso de humanización de la naturaleza por el trabajo y la socialización de la humanidad por la cooperación*. La historia es el Progreso, aunque hay que tener en cuenta los procesos de alienación que se producen en el desarrollo humano y que originan las luchas de clases para poder superarlos. Hay una *alienación histórica* que es el grado en el que el proceso histórico real se aparta de esa historia ideal. Pero esa alienación son los desvíos que se producen en la marcha inexorable hacia la plena realización humana, determinada por las leyes de la historia; esos desvíos serán luego corregidos con el triunfo de la razón. Cuando más tarde Marx y Engels asociados escriban el *Anti-Dühring*, criticando las teorías del socialista Dühring, afirmarán que su filosofía es la continuación de la Ilustración en las nuevas condiciones históricas provocadas por el triunfo de la revolución liberal y la instauración del capitalismo. Pues conciben la historia como la realización de los ideales de la Razón a través de la actividad práctica de la humanidad.

Sin embargo, aunque las ideas son una fuerza material cuando se apoderan de las masas humanas y orientan la acción de la humanidad, las fuerzas que mueven la historia no son ideales, sino materiales. *No es la conciencia la que determina la existencia humana, sino que la existencia determina a la conciencia*. El desarrollo natural, como el humano, no puede ser sólo una evolución de la idea, sino consecuencia de las leyes naturales descubiertas por la ciencia. El progreso humano consiste en el desarrollo de las fuerzas productivas como resultado del esfuerzo del trabajo sostenido durante siglos.

Para hacer posible que ese esfuerzo tenga resultados efectivos, el ser humano en colectividad crea ideales que deben hacerse realidad por la práctica histórica, por la actividad humana dentro de la naturaleza. Esos ideales hacen posible el trabajo cooperativo, que transforma el medio natural en el que vive la humanidad; por tanto, la personalidad humana se basa en sus relaciones con la naturaleza y en las relaciones con las otras personas de la sociedad. La forma en que la especie humana se interrelaciona con la naturaleza está fundamentada en la ciencia y la técnica, de modo que el éxito de la civilización industrial consiste en haber desarrollado de forma extraordinaria la aplicación tecnológica de los conocimientos. El otro aspecto de la vida humana son las relaciones sociales, que se fundan en la moral; éstas han quedado abandonadas a la irracionalidad, a causa de la división de la sociedad en clases, pues el trabajo se organiza de un modo que explota a los trabajadores en beneficio de las clases dominantes. De ese modo, el marxismo continúa la reflexión de Rousseau sobre la historia y el progreso. El problema fundamental para Marx es la organización social de forma justa y racional, de modo que las personas puedan reconciliarse con su sociedad; y ese problema es una cuestión de racionalidad científica.

El materialismo histórico: la ciencia histórica como fundamento de una humanidad emancipada

Por tanto, el aspecto esencial de la realidad humana viene dado por las leyes de la historia, entendidas científicamente, esto es, desde el punto de vista del materialismo histórico. La historia es para Marx y Engels la ciencia fundamental, porque la realidad humana se produce como un proceso de desarrollo dentro de la evolución natural del cosmos físico. La humanidad es la emergencia del ser social a partir del ser vivo, del mismo modo que la vida es una emergencia a partir de los seres inertes. El trabajo intelectual de Marx se dirige a establecer las leyes de la historia, teniendo en cuenta que el proceso del espíritu atraviesa las fases de alienación y superación; la comprensión de las leyes históricas debe servir para alimentar la lucha de las clases subalternas hacia su emancipación, superando las enajenaciones humanas y emancipando con ello a toda la humanidad.

Las leyes marxistas de la historia son, en primer lugar, la *ley del desarrollo de las fuerzas productivas*, que es una ley de carácter empírico bien contrastada: las fuerzas productivas en constante crecimiento consisten en las capacidades humanas, los conocimientos científicos, el aumento de la población, la cualificación de los trabajadores, el mejoramiento de las infraestructuras, etc. Es una ley que se basa en el desarrollo económico: la economía establece la interrelación del ser humano con la naturaleza, que forma la base material de la vida humana, y por eso la estructura económica constituye también el fundamento del orden social.

La *estructura económica* está compuesta por las *fuerzas productivas* y las *relaciones de producción*; éstas últimas son las relaciones que se establecen entre los miembros de una sociedad para poner en marcha la producción económica. Las relaciones de producción forman las clases sociales, dividiendo a la sociedad en dominantes y dominados. Las relaciones de producción constituyen los diferentes *modos de producción*: la forma en que se organiza el trabajo y el intercambio de las mercancías, en dependencia de las relaciones entre las clases sociales. Por eso, una segunda ley marxista establece la *lucha de clases* como forma política del desarrollo histórico, en cuanto que la sociedad está dividida en clases sociales que mantienen una lucha constante por apropiarse de la dirección social.

La lucha de clases se establece alrededor del uso del excedente: el *excedente* es lo que sobra en un ciclo productivo, después de haber satisfecho las necesidades de los trabajadores. La clase dominante busca apropiarse del excedente en su propio provecho; establece la tendencia al gasto suntuario del excedente –despilfarro de recursos-, o a la guerra como forma de desarrollo –destrucción de recursos-. En cambio, la clase subalterna exige que el excedente sirva para el bien público, con el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas y el incremento de la producción económica. Cuando predomina el despilfarro y la guerra, el modo de producción es decadente y se hace necesario sustituirlo por un nuevo modo de producción; aparece una época de revoluciones que culmina con una nueva organización de la sociedad.

A lo largo de la historia las relaciones de producción han ido modificándose y los modos de producción han evolucionado, en función del desarrollo de las fuerzas productivas. Al principio de la historia, cuando aparece la especie humana y durante miles de años, la organización social estaba fundada en las relaciones de parentesco, con rudimentarios instrumentos y bienes, no había clases sociales ni Estado; esa sencilla forma de organización social en la época más primitiva de la humanidad se denomina el *'comunismo primitivo'*, (Federico Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*)

Los primeros Estados aparecen al final del neolítico, cuando las fuerzas productivas se han desarrollado suficientemente y aparece el excedente. Entonces se hace posible liberar a algunos miembros de la sociedad del trabajo manual para dedicarse a tareas de organización, y aparece una clase dominante entre los burócratas del Estado, cuyo mérito consiste en haber desarrollado la escritura y los rudimentos de las matemáticas y la ciencia. Esto hace posible realizar grandes trabajos colectivos, resultando un notable incremento de las capacidades humanas. Sin embargo, las guerras entre los Estados e imperios antiguos marcan la decadencia del modo de producción, que es sustituido por la Ciudad Estado. Esas ciudades dedicadas al comercio y a la artesanía, impulsan también las fuerzas productivas, hasta triunfar sobre los antiguos Estados creando el modo de producción esclavista. Éste es sustituido por el feudalismo, después del triunfo del cristianismo, que finalmente entra en decadencia a partir del siglo XIII y será sustituido por el capitalismo. Todo modo de producción tiene dos fases, una progresista en la que desarrolla las fuerzas productivas y otra decadente en la que el desarrollo de las fuerzas productivas se estanca o es incluso regresivo. Entonces se hace necesario sustituir un modo de producción por otro mediante un proceso revolucionario. El capitalismo ha entrado en una fase de profunda decadencia que exige su sustitución por un nuevo modo de producción, el socialismo. Pero esta teoría de la historia no es determinista, pues el resultado de la historia es incierto al depender de las luchas de clases.

Por tanto, hay una tercera ley de la historia, según el marxismo, que tiene carácter intencional, y que expone la posibilidad de un dominio consciente y racional del ser humano sobre sus condiciones de vida, dirigiendo la historia hacia sus metas humanas. Para ello es necesario el desarrollo de la conciencia dentro del colectivo de los productores, lo que el marxismo denomina la *conciencia de clase*, lo que se hace posible gracias a la asunción de los ideales racionales de la emancipación por parte de los trabajadores. A partir de la conciencia de clase se establecen las asociaciones de productores en un orden democrático para conseguir una organización racional de la producción y la cultura.

Sobre la base económica se construye el orden que hace posible el funcionamiento social, determinado por las relaciones políticas entre los miembros de la sociedad, donde se establece el conflicto entre los dominantes y los dominados. La historia se desarrolla a través de las luchas de clases, que se producen en diversas situaciones, ya sean más o menos pacíficas, ya revolucionarias y violentas. *El Manifiesto Comunista* en 1847 diseña el programa político que la Liga de los comunistas va a ofrecer ante la previsión del proceso revolucionario que se producirá al año siguiente. La historia del capitalismo se muestra como un impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas, fundado en la explotación de los trabajadores. Pero ese proceso muestra claros signos de irracionalidad, según el análisis marxista, en la alienación de los trabajadores y en el derroche de los bienes económicos durante las crisis de superproducción y en las guerras imperialistas por apropiarse de las materias primas imprescindibles para la producción. Por eso, el destino final del capitalismo es una revolución que dará el triunfo de la clase subalterna, mediante la constitución de una república democrática que dará lugar a la emancipación de todos los miembros de la sociedad. La revolución burguesa liberal se queda a mitad camino en el proceso de democratización social y emancipación de los ciudadanos. Ese proceso se completará mediante una república radical que instaure el socialismo como modo de producción.

El objetivo de la acción política debe ser abolir la explotación de los trabajadores, y al mismo tiempo deben eliminarse todas las situaciones en el que el ser humano es humillado y explotado. La clase obrera emancipará a toda la humanidad al luchar por su

propia emancipación, realizando los ideales comunistas de libertad, igualdad y fraternidad.

El fracaso de la revolución de 1848 llevará a Marx a replantearse la situación histórica. Se traslada a Inglaterra donde trabaja de periodista y estudia durante años el sistema económico capitalista, hasta publicar el primer volumen de *El Capital*, que constituirá un libro clásico de la teoría económica moderna. En este libro Marx expone la parte fundamental de su teoría. En primer lugar, la teoría del '*fetichismo de la mercancía*': los seres humanos se relacionan en sociedad a través de las mercancías y el dinero, ocultando el trabajo humano en la producción; es la otra cara de la alienación del trabajo. En segundo lugar, la '*teoría de la plusvalía*': el dueño del capital explota a los trabajadores, porque el trabajo humano tiene la capacidad de producir más valor económico que la suma de bienes que necesita para vivir. La explotación se hace posible en el mercado de trabajo, donde el empresario ofrece un contrato de trabajo abusivo a los trabajadores, y consiste en un exceso de horas de trabajo que el obrero realiza para su patrón. El empresario se apropia del excedente que producen los trabajadores, lo que se traduce en la propiedad privada de los bienes producidos que pertenecen al empresario. Por tanto, en el proceso de trabajo se produce la plusvalía que es un incremento del valor económico gracias a la productividad del trabajo; el capitalista se apropia de ese incremento o plusvalía, y esa plusvalía se expresa en forma monetaria mediante el beneficio y las rentas del capital.